

saco y lanzarlo al mar, es cosa horrible, y cualquier bés-tia salvaje me parece preferible á semejante hombre.

Por todo esto se echa de ver que en el cabo Sunio no me dejaba yo llevar de las ideas novelescas que hubiera podido inspirarme el hermoso cuadro que tenia á la vista. Al despedirme de Grecia, era natural que recordase la historia de aquel país, procurando descubrir en la antigua prosperidad de Esparta y de Atenas la causa de su desgracia actual, y en su estado presente las semillas de su futuro destino. Las olas del mar que comenzaban á azotar las rocas con violencia, me hicieron ver que se habia levantado el viento y que era ya tiempo de proseguir nuestra navegacion. Disperté á José y á su compañero, bajamos al barco, y hallamos que los marineros se disponian ya para hacernos á la vela. Tomamos viento, y como la brisa era de tierra, nos llevó rápidamente hácia Zea. A medida que nos alejábamos, nos parecian mas hermosas las columnas de Sunio: descubriáselas distintamente sobre el azul del cielo, por ser muy blancas y estar la noche muy serena. Aunque nos hallábamos ya muy lejos del cabo, todavía oíamos el ruido de las olas, que se estrellaban contra las rocas, el murmullo del viento entre los árboles, y el importuno chillido de los grillos, únicos habitantes de las ruinas del templo: estas fueron las últimas voces que oí exhaladas en la tierra de la Grecia.



## SEGUNDA PARTE.

### VIAJE DEL ARCHIPIELAGO, DE LA ANATOLIA Y CONSTANTINOPLA.

Mudé de teatro: las islas por donde iba á pasar eran en la antigüedad como una especie de puente sobre el mar, que unia la Grecia del Asia con la verdadera Grecia. Libres ó esclavos, siguiendo la suerte de Esparta ó de Atenas, la de los persas, la de Alejandro y sus sucesores, sucumbieron en fin bajo la coyunda de los romanos. Muy luego formaron parte del Bajo Imperio, del que las fueron conquistando sucesivamente los venecianos, los genoveses, los catalanes y los napolitanos; y tuvieron príncipes particulares, y aun despues que tomaron el título general de duques del Archipiélago. En fin, los sultanes del Asia bajaron hácia el Mediterráneo, y para anunciar á éste la suer-



te que le amagaba, se hicieron traer agua de aquel mar, arena y un remo. Pero las islas fueron conquistadas las últimas, hasta que sufrieron la suerte comun; y la bandera latina, lanzada de peñasco en peñasco, fué arrojada de allí por la media luna, y solo llegó á fijarse en las playas de Corfú.

De esta lucha entre los turcos, griegos y latinos, resultó el ser muy conocidas en la edad media las islas del Archipiélago, que se hallaban al paso de todas las escuadras que llevaban ejércitos ó peregrinos á Jerusalem, á Constantinopla, á Egipto y á Berbería, y sirvieron de escala á todos aquellos navíos genoveses y venecianos que renovaron el comercio de las Indias por el puerto de Alejandría, y así leemos en cada página de la *Bizantina* los nombres de Chio, Lesbos y de Rhodas; y mientras se olvidaba á Atenas y Lacedemonia, se sabía la historia del mas pequeño escollo del Archipiélago.

Además de esto, son innumerables los viajes á estas islas, y los hay hasta del siglo VII: ni hay peregrinacion alguna á la Tierra Santa que no comience por la descripcion de algunas rocas de la Grecia. En el año 1555 Belon publicó en Francia sus *Observaciones de muchas particularidades halladas en Grecia*; el *Viaje de Tournefort* es muy popular; la *Descripcion exacta de las islas del Archipiélago*, por el flamenco Dapper, es un trabajo excelente, y todos conocen el *Viaje pintoresco* de Mr. de Choiseul.

Nuestra travesía fué feliz. El dia 30 de Agosto á las ocho de la mañana entramos en el puerto de Zea, que es espacioso, pero triste, porque el terreno que le circuye es muy elevado. Sobre las rocas que forman la orilla se ven algunas capillas arruinadas y los almasenes de la aduana. La aldea de Zea está edificada sobre un monte á una legua

del puerto, hácia el lado de Levante, y ocupa el sitio de la antigua Cartea. Al llegar no ví mas que tres ó cuatro familias griegas, y perdí la esperanza de encontrar mi buque austriaco. Deje á José en el puerto, y pasé al pueblo con el jóven ateniense. La subida es penosa, y esta primera vista de una isla del Archipiélago no me agradó mucho; pero ya estaba acostumbrado á estos chascos.

Zea, edificada en forma de anfiteatro en la vertiente desigual de un monte, es un lugar sucio y feo, pero bastante poblado: los asnos, los cerdos y las gallinas estorban el paso á cada instante; hay tantos gallos y cantan tan á menudo y tan fuerte, que aturden los oídos. Me dirigí á la casa de Mr. Pengali, vice-cónsul francés en Zea, le dije quién era, de dónde venia y á dónde queria ir, y le pedí me fletase un barco que me llevase á Chio ó á Esmirna.

Mr. Pengali me recibió con la mayor atencion, y envió á su hijo al puerto, donde se halló un caique que volvia á Tino, y que debia haerse á la vela al dia siguiente, por lo que me resolví á aprovechar la ocasion, pues adelantaba algo en mi viaje. El vice-cónsul se empeñó en que pasase aquel dia en su compañía. Tenia cuatro hijas, y se estaba ya disponiendo la boda de la mayor, con lo que pasé de las ruinas del templo de Sunio á un festin nupcial. ¡Destino singular el de un viajero! Por la mañana deja llorando á quien le hospedó, y por la tarde llega donde todos le reciben alegres: suele á veces ser depositario de mil secretos. Ibrahim me contó en Esparta todos los accidentes de la enfermedad del turquito, y en Zea supe la historia del yerno de Mr. Pengali. Ni puede haber en verdad cosa mas amable que esta franqueza hospitalaria. ¡No es una felicidad el verse acogido de este modo en los lugares donde esperaba uno encontrar menos recursos? La confianza



que inspira al viajero la franqueza con que le tratan, la satisfaccion que siente y produce á la vez, son por cierto placeres muy dulces. Otra cosa me chocaba mucho mas, y era la sencillez con que me encargaban diversas comisiones para la Francia, para Constantinopla y Egipto. Exigíanme aquellos servicios con la misma franqueza con que me los prestaban, porque mis huéspedes estaban persuadidos de que no los olvidaria y de que eran ya mis amigos.

En obsequio de Mr. Pengali dejé de visitar las ruinas de Ioulis, y resolví como Ulises tomar parte en los festines de Aristonoo.

Zea, que es la antigua Ceos, fué célebre en la antigüedad por una costumbre que tuvieron tambien los celtas, y que se halla entre los salvajes de América, y es que los hombres, cuando llegaban á viejos, se daban á sí mismos la muerte. Aristeo, cuyas abejas cantó Virgilio, ú otro Aristeo, rey de Arcadia, se retiró á Ceos, y este fué el que obtuvo de Júpiter los vientos etesios para templar el ardor de la canícula. El médico Erasistrato y el filósofo Ariston eran de la ciudad de Ioulis, como tambien Simonides y Bacchylides: de este último tenemos unos malos versos en los *Pota græci minores*. Simónides fué un gran génio, pero su talento era mas elevado que su corazon. Celebró á Hipparco, que le habia colmado de beneficios, y celebró mucho mas los asesinatos de este príncipe. Sin duda para dar este ejemplo de virtud, conservaron los justos dioses del paganismo á Simónides cuando se desplomó una casa.

Preciso es acomodarse al tiempo, dice el sábio: sin duda por esto los ingratos sacuden el peso del reconocimiento, los ambiciosos abandonan al vencido, y los egoistas siguen el partido del vencedor. ¡Estraña filosofía humana, cuyas máximas, siempre inútiles al valor y la virtud, no sirven

mas que de pretesto para el vicio y de subterfugio para las bajezas del corazon!

El comercio de Zea consiste en el dia en las bellotas de una especie de encina llamada velani, que se emplean en los tintes. En Ceos fué donde se inventó la gasa de seda, tan estimada de los antiguos;<sup>1</sup> y los poetas para ponderar su finura y transparencia la llamaban *aire tejido*. “Los habitantes de Zea, dice Tournefort, se reunen ordinariamente para hilar la seda, y trabajan alrededor de las azoteas, para dejar caer los husos hasta el piso de la calle, y subirlos luego recogiendo el hilo. En esta faena encontramos al obispo griego: preguntó quiénes éramos, y nos hizo saber que eran muy frívolas nuestras ocupaciones si no nos empleábamos mas que en buscar plantas y mármoles antiguos. Y nosotros le contestamos que mucho mas nos edificaria él mismo si en vez del huso hubiéramos encontrado en su mano las obras de San Crisóstomo ó San Basilio.”

Yo continuaba tomando la quina tres veces al dia, y aunque no habia vuelto la calentura, estaba muy débil, y conservaba siempre en una mano y en una mejilla la huella del sol. Era, pues, un convidado muy alegre de corazon, pero de muy triste semblante. Holgábame en el festin por no aparecer un pariente descontento. Mi huésped me daba ejemplo de valor: en aquel momento estaba sufriendo los mas crueles dolores,<sup>2</sup> que le arrancaban algunos ayes en medio de los cantos de sus hijas. Todo esto presentaba un conjunto estraño de cosas verdaderamente encontradas. ¡Tanto ruido á la puerta del eterno silencio! ¡Tanta

1 Aquí sigo la opinion comun; pero es posible que Plinio y Solino se engañasen, pues segun el testo de Tibulo, Horacio y otros, esta gasa se hacia en Cos y no en Ceos.

2 Mr. Pengali padecia de detencion de orina.



alegría junto al inmenso luto de la Grecia! Solo una cosa me hacia reír, y era figurarme á mis amigos hablando en Francia de mí; les veía seguir mis pasos, ponderar mis fatigas, temer mis peligros, y no les hubiera dejado de sorprender encontrarme de pronto con la cara tostada, asistiendo en una de las Cícladas á una boda de aldea, y aplaudiendo las canciones de las hijas de Pengali que cantaban en griego:

Ah vous dirai-je, maman, etc.

mientras Pengali gritaba de dolor, cantaban los gallos, y entre los vapores de aquel festin se borraban enteramente los recuerdos de Ioulis, de Aristeo y de Simónides. Lo mismo me sucedió al desembarcar en Túnez despues de una travesía de cincuenta y ocho dias que se pasaron en una continua tempestad, pues fuí á hospedarme á casa de Mr. Devoise, precisamente en los dias de carnaval; y en vez de ir á meditar sobre las ruinas de Cartago, me ví precisado á concurrir al baile vestido de turco, y tomar parte en los placeres de muchos oficiales americanos, llenos de alegría y de juventud.

No fué menos chocante el cambio de escena al partir de Zea, que lo habia sido mi desembarco en aquella isla. A las once de la noche hube de separarme de tan alegre sociedad, y bajar al puerto, donde me embarqué, no obstante de hacer muy mal tiempo y no haber en el caíque mas que tres marineros y dos grumetes. José perdía en el mar todo el valor que desplegaba en tierra: en vano me hizo muchas reflexiones; al fin tuvo que seguirme y correr mi suerte. Bajamos con viento largo, y nuestro esquife, balanceado por el peso de su misma vela, presentaba la qui-





XXI.

lla fuera del agua: las oleadas eran violentas, y las corrientes del Eubeo aumentaban la marejada: el cielo estaba encapotado, y nosotros navegábamos al pálido fulgor de los relámpagos y de las luces fosfóricas de las olas. No trato de dar mérito á mis trabajos, que ciertamente no valen mucho; pero confío, sin embargo, que cuando se considere que me aparté del seno de mi patria y de mis amigos, y sufrí enfermedades y fatigas, atravesé los mares de la Grecia en barcas miserables, y resistí los ataques de los beduinos, todo esto por complacer al público, ofreciéndole una obra menos defectuosa que el *Genio del cristianismo*, confío, digo, que se hará algun aprecio de mis esfuerzos y de mi voluntad.

A pesar de la fábula del águila y del cuervo, nada me parece mas bello que imitar á un hombre grande; y me creí ser un César, y así me decia: *¿Quid times? Cæsarem vehis*; y con esto llegué á donde queria. Tocamos en Tino el dia 31 á las seis de la mañana, y al instante hallamos una falúa hidriota que partia para Esmirna, y que solo debia detenerse algunas horas en Chio. El caíque me pasó á bordo de la falúa sin haber saltado siquiera en tierra.

Tino, que en otro tiempo se llamaba Tenos, solo está separada de Andros por un canal estrecho, y es una isla muy elevada sobre una roca de mármol. Los venecianos la poseyeron mucho tiempo, y solo es célebre en la antigüedad por sus serpientes, pues la víbora tomó su nombre de esta isla.<sup>1</sup> Mr. de Choiseul ha hecho una brillante descripción de las mujeres de Tino, y sus vistas del puerto de San Nicoló me han parecido muy esactas.

<sup>1</sup> Una especie de víbora llamada *tenia*, era originaria de Tenos. La isla se llamó en su origen *Ophisa* é *Hidrusa*, por causa de sus serpientes.



El mar se había echado, como dicen los marinos, y se había despejado el cielo: almorcé sobre cubierta mientras zarpaban, y descubrí á diferentes distancias todas las Ciclades: Sciros, donde pasó Aquiles su niñez; Delos, célebre por el nacimiento de Diana y Apolo, por su palmera y sus fiestas; Naxos, que me recordó á Ariadne, Theseo y Baco, y algunos pasajes poéticos de los *Estudios de la naturaleza*. Pero todas estas islas, antes tan risueñas y embellecidas tal vez por la imaginación de los poetas, no presentan en el día mas que aridez y soledad. Descúbranse sobre las rocas algunas miserables aldeas, á las que dominan espantosos castillos, ó circuyen dos y aun tres murallas, pues sus habitantes viven en continuo temor de los turcos y de los piratas. Como estas aldeas, á pesar de sus fortificaciones, se van arruinando, escitan al mismo tiempo en el ánimo del viajero la idea de todas las miserias. Rousseau decía que hubiera querido ser desterrado á alguna de las islas del Archipiélago, de lo cual se habría arrepentido muy pronto el elocuente sofista. Lejos de sus admiradores, reducido al trato de algunos griegos toscos y pérfidos, no habría encontrado en aquellos valles abrasados por el sol, ni flores, ni arroyuelos, ni sombras; en torno de él solo hubiera visto bosques de olivos, rocas peladas, alguna alfombra de salvia y musgo; y en visto de esto, dudo que hubiera podido continuar mucho tiempo sus paseos al murmullo del viento y del mar, por una playa árida y desierta.

Aparejamos al Mediodía, y el viento Norte nos echó rápidamente hácia Scio; pero tuvimos que correr algunas bordadas entre la isla y la costa del Asia para ganar el canal. Por todas partes nos veíamos cercados de tierras é islas, las unas redondas y elevadas como Samos, y las otras largas y bajas como los cabos del golfo de Efeso: es-

tas tierras y estas islas aparecian con diferente colorido, segun estaban mas ó menos distantes. Nuestra falúa era muy ligera y elegante, con sola una vela muy grande, cortada como el ala de una ave marina. Este barquichuelo formaba la riqueza de una familia compuesta de padre, madre, un hermano y seis hijos. El padre era el capitán, el hermano el piloto, los hijos los marineros y la madre hacia de cocinera. No he visto cosa mas alegre, mas aseada y activa que aquella compañía de hermanos. Lavaban, cuidaban y adornaban la falúa como una casita; en la popa tenían una imagen de la Virgen y un rosario, coronado todo con ramos de oliva. Es muy comun en el Oriente ver una familia llevar de este modo todos sus bienes en una embarcación, mudar de climas sin dejar sus hogares, y librarse de la esclavitud, llevando en el mar la vida errante de los escitas.

Durante la noche anclamos en el puerto de Chio, "feliz patria de Homero," dice Fenelon en las *Aventuras de Aristonoo*, obra maestra de armonía y del buen gusto de la antigüedad. Me había dormido perfectamente, y José no me despertó hasta las siete de la mañana. Estaba acostado sobre la cubierta de la falúa, y cuando abrí los ojos me creí trasladado á un país encantado, pues me hallé en medio de un puerto lleno de buques, á la vista de una hermosa ciudad dominada por montes cubiertos de olivos, palmeras, lentiscos y terebintos. En la crilla y por los muelles, se veían muchos griegos, turcos y francos, y se oían campanas.

1 Solo los habitantes griegos de la isla de Chio tienen en Turquía en privilegio de tocar las campanas, el cual con otros, lo deben á que cultivan el árbol de la almáciga. Véase la memoria de Mr. Galland, citada por Mr. de Choiseul.